

rivalidades que se habían suscitado y que de día en día iban tomando mayores proporciones?

—Cesar precisamente, no, pero desde la prision del factor Salazar y de Peralmindez los ánimos se han sosegado algo.

—¿Es decir que con mi presencia creéis que las cosas volverán á su ser natural?

—Estoy seguro de ello. El prestigio de que justamente gozais acallará ambiciones bastardas, y con vuestra enérgica voluntad conseguireis restituir la tranquilidad tan necesaria para conservar la posesion de la ciudad.

Hernan Cortés recibió gran alegría con estas noticias.

—Ya veis,—decia al venerable Altamirano,—que nuestra situacion no es tan crítica. No es esto decir que yo creyera exagerados vuestros temores, sino que me felicito de que aun lleguemos á tiempo para conjurar la tempestad que amenazaba destruirnos.

Despidiéronse, pues, los expedicionarios de los que tan buena acogida les habían dispensado, y acto continuo se trasladaron á bordo.

Capítulo LXI.

Recibimiento que hicieron al ilustre caudillo á su entrada en Méjico.

Ocho dias despues de su salida de la Habana llegaron los expedicionarios á Chalchicoeca, porque el viento los fué favorable.

No pudieron entrar en el puerto, porque cambió el tiempo y corria mucho viento terral.

Permanecieron dos horas en el mar, y cuando hubo un poco de calma llegaron á tierra.

Hernan Cortés, dirigiéndose á cuantos le acompañaban:

—Acudamos al templo,—les dijo;—seguidme todos, y demos gracias á Dios por haber llegado hasta aquí sin sufrir la menor avería.

Todos lo hicieron así, y era un espectáculo digno de verse contemplar á aquellos esforzados guerreros,

que se habian empeñado en cien combates, elevar fervientes súplicas al Todopoderoso y derramar lágrimas de gratitud por haberles sacado con bien de tantos peligros.

Apenas supieron los de la ciudad la llegada de los expedicionarios, se apresuraron á ir á su encuentro.

Todos deseaban verlos, y su pena fué grande al reconocer en sus semblantes lo mucho que habian sufrido.

Hernan Cortés, sobre todo, era el que se hallaba en más grave estado.

Iba enfermo de calenturas y maltratado de la mar.

Bien es verdad que á sus padecimientos físicos se habia unido un gran padecimiento moral.

Desde Trujillo á Méjico, pasando por Guatemala y Teocantepec, habia recorrido más de quinientas leguas, y ya sabemos lo que le habia costado abrirse camino.

Durante algunos meses no habian tenido otros alimentos los españoles y los indios que les acompañaban que yerbas cocidas sin sal; habian bebido aguas cenagosas, y muchos sucumbieron ante tantas miserias.

Tal vez á algunos de nuestros lectores no agrade la narracion de este viaje del ilustre caudillo, en el que las desventuras que pasó entristecen el ánimo; pero á fuer de verídicos no hemos querido omitir el más pequeño detalle para no falsear la historia.

Pero no divaguemos.

Al dia siguiente de su llegada á Medellin despachó Cortés mensajeros á todos los pueblos.

Deseaba saber si le conservaban amistad, y su satisfaccion fué inmensa cuando le noticiaron que habian solemnizado su arribo con grandes fiestas.

No contentos aún con estas demostraciones de alegría, mandaron emisarios con ricos presentes.

—Aceptad estas aves,—le decian unos,—y que el gran Tezcalepuzca haga que cuanto antes recobreis las fuerzas perdidas.

—Que estas frutas os sean tan provechosas como el beso del astro de la mañana es á las flores que emllecen la verde alfombra que rodea tu palacio.

—Os traemos,—decian otros,—ricas mantas y plumajes, para que abrigueis y adorneis vuestro cuerpo; que sean de vuestro agrado es nuestro mayor deseo.

—Además,—añadió el primero de los embajadores,—contad con nuestras personas en todas ocasiones.

—Lo mismo decimos nosotros.

—Indicadnos quiénes son los que os han ofendido, y dentro de breves instantes tendreis aquí sus cabezas.

—Gracias, amigos míos, gracias. Yo os ruego que por causa mia no se derrame sangre. Bien sabeis, y pongo á Dios por testigo, que mi deseo, que mi anhelo, ha sido llevar la persuasion al ánimo de todos, propagar los beneficios de la civilizacion, difundir la

verdadera religion, y si alguna pena siento en mi alma, es la de haber tenido en algunas ocasiones que repelar la fuerza con la fuerza.

Hernan Cortés estuvo en Medellin once ó doce dias, y tardó en llegar á Méjico quince.

En Zempoala le hicieron tambien un recibimiento espléndido.

A donde quiera que llegaba, hallaba provisiones abundantes.

Acudian á ofrecerle regalos de todas poblaciones comarcanas, y todos demostraban vivísima satisfaccion al verle, lamentándose algunos de su ausencia por las tropelias de que habian sido objeto.

Su entusiasmo era tal, que además de desembarazar el camino, le sembraban de flores.

El ilustre caudillo no sentia los torcedores de su enfermedad al ser objeto de tan cariñosa acogida.

Rodrigo de Albornoz, que estaba en Tezcuco, fué á recibirle con muchos españoles, y en aquella ciudad se repitieron las aclamaciones y los vítores.

Al dia siguiente llegó á Méjico.

Si entusiasta habia sido el homenaje de cariño y de respeto que en todas partes se le habia tributado, entusiasta, respetuoso y solemne fué el que alli le ofrecieron.

Alonso de Estrada hizo que formasen todos los españoles por la carrera que habia de seguir el valiente caudillo.

Los indios hicieron otro tanto, y al aproximarse Hernan Cortés comenzaron á tañer sus atabales, y los

ecos de sus bocinas, flautas y caracoles atronaban el espacio.

Por la noche hubo grandes fiestas y bailes, y en todos los semblantes se revelaba la alegría que producía el regreso del ilustre conquistador.

Podemos asegurar, sin temor de equivocarnos, que aquel dia fué uno de los mejores que tuvo el héroe de nuestra historia.

Pero en medio de la satisfaccion que experimentaba por las pruebas de afecto de que era objeto, se entristecía su corazón, porque sin saber por qué, un presentimiento le decia que en breve habian sobrevenirle degracias sin cuento.

Para separar de su imaginacion esta idea que le mortificaba, y al mismo tiempo para dar gracias á Dios por los beneficios obtenidos durante el viaje, se encaminó al templo, y despues de besar tres veces el suelo con la mayor humildad y devocion, se entregó con verdadero fervor á la práctica de sus deberes religiosos.

Sus soldados le imitaron, y la iglesia de San Francisco presentaba un espectáculo conmovedor al contemplar la fé que todos demostraban en sus semblantes.

Dirigiéronse al Creador del mundo en accion de gracias por haber regresado á la ciudad, poniéndole encarecidamente les iluminase para que se pacificase por completo y no se reprodujeran las desagradables escenas de que habia sido teatro.

Abandonemos la ciudad imperial:

TOMO IV.



Trasladémonos á España.

En España asistiremos á una conversacion que habia de tener una grandísima influencia en los destinos del ilustre caudillo Hernan Cortés.

Capítulo LVII.

En el que volveremos á encontrar á un antiguo conocido.

En una de las habitaciones de una suntuosa casa de la ciudad de Valladolid, se hallaba un caballero, cuyo semblante revelaba una profunda agitacion.

Era Pánfilo de Narvaez.

Hablando consigo mismo, exclamaba:

—¿De qué me sirve el dinero? ¡Ah! Yo creia que la sed de riquezas, una vez satisfecha, proporcionaria á mi alma la tranquilidad, el bienestar, la felicidad; y sin embargo, hoy que soy rico gracias á mi esposa, encuentro en mi alma un vacío que me quita el reposo, que me hace recordar con dolor los ensueños á que he renunciado al contraer este enlace.

¡El dinero! ¡Y qué es el dinero! Para las almas vulgares, para los corazones mezquinos, el medio de proporcionarse estériles gozos, como lidades groseras.

Pero el que, como yo, siente en su frente el genio, no puede conformarse con esta vida inactiva; necesita rendir tributo á su imaginacion, y si esta le aconseja que emprenda grandes empresas, que lleve á cabo el pensamiento que acaricia y que puede elevarle sobre los demás, debe romper por todo y poner en práctica la idea que le embarga.

Pero acaso yo, dadas mis circunstancias, dada mi posicion, ¿puedo realizar lo que digo?

Yo debo mi fortuna á mi esposa. Ella al concederme su mano, me ha puesto en posesion de inmensas riquezas. No puedo aventurar su porvenir en ambiciosas empresas.

Por otra parte, al separarme de Blanca la ocasionaria el más terrible de los desengaños.

Ella me ama, se desvive por complacerme, y seria un ingrato solamente el manifestarla que no soy feliz á su lado.

Continuaba luchando entre tan encontradas ideas, y la llegada de su esposa le sacó de su meditacion.

—¿Qué tienes, mi querido Pánfilo?—le dijo.—Hace dias que sin poder adivinar la causa, noto en tu rostro las huellas de un profundo pesar.

—¿Eso crees?—añadió Narvaez, procurando dar á su voz el acento de la más completa tranquilidad.

—Desgraciadamente estoy segura de ello.

—¿En qué te fundas?

—En que frecuentemente te encuentro distraido, meditabundo, y esto me llena de dolor.

—Desecha esas ideas, alma mia, y no dudes de

la sinceridad de mis palabras. ¿Cómo quieres que no vea con placer deslizarse las horas en medio de la apacible tranquilidad que disfrutamos?

—¡Pluguiera al cielo que así fuera! Pero me parece que esta monotonía en que vives tú, tan activo en otro tiempo, ha de aburrirte.

Si esta no fuera la causa de tu tristeza, me seria aún más doloroso adivinarla.

—¿Por qué?

—Porque creeria que entonces era hija de tu desamor, porque creeria que en tu imaginacion se conservaba algun recuerdo que te torturaba, que te pedia cuenta por haber realizado un enlace á que tu corazon no te inclinaba.

Pánfilo de Narvaez, cuyo carácter altivo, impetuoso, susceptible, no se habia modificado, se rebeló ante aquellas palabras de su esposa.

Creyó ver en ellas un reproche á su conducta.

Se figuró que Blanca, al expresarse de aquel modo, le daba á entender que si se habia decidido á unirse con ella, era impulsado por la sed de riquezas; y dando rienda suelta á su indómito carácter, exclamó:

—Nunca he creido daros lugar para expresaros en esos términos. Pero sabed, señora, de una vez para siempre, que el que tiene una espada como yo no es un mendigo, no necesita recurrir al cálculo para atender á su subsistencia. En medio de todo agradezco vuestra franqueza, porque ella me traza la conducta que he de seguir en lo sucesivo.

Y al terminar estas palabras se dispuso á abandonar la habitacion.

Blanca, cayendo á sus pies y abrazando sus rodillas:

—¡Por Dios, esposo mio; tú quieres volverme loca! ¿Acaso crees que sufro poco cuando veo en tu frente la nube de tristeza que la circunda, que quieres añadir á mi dolor el insulto de crearme capaz de abrigar sentimientos tan mezquinos? ¿Cómo has podido ni por un momento suponer que yo pusiese en duda tu hidalguía? ¡Ah! ¡Eres demasiado cruel! Aunque te hubiera ofendido con intencion, mi arrepentimiento mereceria que me estrechases en tus brazos, y sin embargo, permaneces impasible,—añadió vertiendo abundantes lágrimas.

—Tienes razon, esposa mia, y debo aparecer á tus ojos como un mónstruo. Perdóname,—dijo imprimiendo un cariñoso ósculo en su frente.—Soy un insensato; las ideas que en vano trato de desechar de mi imaginacion me extravian por completo, y sin darme cuenta de lo que digo, pronuncio á veces las palabras más inconvenientes.

—¡Que te perdone!—dijo Blanca, mirando con ternura á Narvaez.—¿Acaso puede ofendernos el hombre que es el objeto de nuestro cariño, el dueño de nuestro corazon?

Y con esa expresion que sólo la mujer verdaderamente apasionada imprime á su fisonomía, continuó la jóven:

—Pero yo deberia reñirte por haber negado que

adivinaba que sufrías. ¿Qué no haria yo por desterrar la pena de tu alma? ¿Por qué esa falta de confianza hácia la que sabes se desvive por tí?

—Pues bien, seré franco contigo,—contestó Pánfilo de Narvaez.

—Ese es mi mayor deseo.

—La idea que me agita, la idea que me domina, la idea que aunque es mi tormento no puedo desechar de mi imaginacion, es la de poder eclipsar la gloria de Hernan Cortés. Las circunstancias me hicieron jurarle amistad; pero yo no puedo resignarme á que él ocupe un puesto glorioso, mientras yo permanezco oscurecido; yo no puedo ménos de recordar con pena que la fatalidad se interpuso en mi camino, y tuve que renunciar al porvenir que me brindaba mi imaginacion.

—¿Y quién te dice que no puedas aún realizar tus ensueños de gloria?

—¿De qué modo?

—¿No eres rico? Mi fortuna es tuya, y con ella puedes fletar algunos navíos. No vaciles un instante; yo te acompañaré, y tal vez logreis llevar á cabo la ilusion de toda tu vida.

—¡Qué buena eres! ¿Con qué pagaré yo tu generosidad?

—Con corresponder á mi cariño, con que yo vea brillar en tu semblante la alegría de otros dias.

Pánfilo de Narvaez, ébrio de gozo por el resultado de aquella escena, lo preparó todo para dirigirse á la córte en compañía de su esposa.

Una vez allí, olvidándose de lo que debía á Hernan Cortés, habló mal de él y se unió á sus enemigos.

De esta manera pagó al ilustre caudillo las muchas pruebas de afecto que de él habia recibido.

Capitulo LXIII.

Traicion.

Cortés habia enviado á España con pliegos para el rey á un tal Juan de Rivera.

Llegó á Sevilla, y los enemigos del ilustre conquistador de Méjico salieron á su encuentro.

—Salud al valiente soldado, —le dijeron, — que sin duda alguna viene de la Nueva España. Grande es la alegría que nos causa ver á uno de nuestros compatriotas sano y salvo, despues de haber corrido tantos peligros.

—No lo sabeis bien, aunque podeis figuraros lo que será pelear con hordas montaraces.

—Pues si nos lo permitís, vamos á ofrecer un banquete, el que honrarais con vuestra presencia.

—Admitiria gustoso vuestra amistosa oferta; pero

tengo precision de continuar mi viaje. Traigo pliegos importantes para el emperador, y no puedo demorar mi partida.

—Vaya, vaya, ¡qué diantre! Dia más ó ménos lo mismo dá. Si no accedeis á nuestros ruegos, nos hareis creer que desdeñais á unos amigos.

—Repito que me es imposible, por más que lo sienta en el alma.

—Decid más bien, que siendo representante de Hernan Cortés, y por consiguiente hallándoos en categoría superior á la nuestra, no quereis alternar con los que ocupamos posicion más humilde.

—Lejos de mí semejante idea, y mucho más cuando mi posicion no es tan ventajosa como creéis.

—Sólo nos convenceremos de vuestra sinceridad, si demorais vuestro viaje, aunque sólo sea por un dia.

Juan de Rivera se dió por vencido.

Ebrios de alegría los enemigos de Cortés, prepararon un cómodo alojamiento al recién llegado, y mientras descansaba de las fatigas del viaje prepararon el banquete y concertaron los medios de apoderarse de aquellos pliegos que traía Rivera.

Algunos propusieron, los ménos escrupulosos, arrebatárselos por la fuerza; pero despues de una animada discusion acordaron á cambio de dinero.

Por la noche tuvo lugar el festin.

Uno de los concurrentes, dirigiéndose al enviado del caudillo:

—Si mal no recuerdo, —le dijo,—hace poco os quejábais de que habíais hecho poca fortuna.

—Así es en efecto, y lo peor es que tengo poca esperanza de mejorar de suerte.

—Pues ved lo que son las cosas; yo creo que tenéis en vuestras manos los medios de adquirir algunas riquezas.

—Veo que os chanceais, lo que me prueba que estais de buen humor.

—No creais semejante cosa; hablo con sinceridad.

—Pues entonces no comprendo.

Despues de una breve pausa:

—Me explicaré,—añadió su interlocutor, abordando la cuestion.—Ante todo, ¿pensais volver á las Indias en cuanto desempeñeis vuestro encargo?

—Esa es mi intencion.

—¿Y si aquí encontráseis lo que no habeis conseguido en aquellos remotos paisés?

Juan de Rivera quedó pensativo un instante.

—Vamos, ¿qué contestais?

—Mi deber me aconseja cumplir la palabra que he empeñado á mi jefe.

—Pero considerad que es muy triste renunciar á un porvenir cuando la suerte os lo depara. Voy á ser completamente franco con vos.

Los que no hemos tenido la suerte de compartir con nuestros hermanos los azares de la guerra de las Indias, nos interesamos vivamente por nuestros compatriotas, y nuestro mayor deseo es proporcionarles el bienestar que allí no han podido alcanzar por efecto del desagrado, de la ambicion de Hernan Cortés.

Rivera, que aun conservaba adhesion al caudillo, oyó con asombro aquellas palabras.

Pero antes de que tuviera tiempo de contestar á su interlocutor, prosiguió este:

—Volviendo al lado de Hernan Cortés, os esperan privaciones sin cuento; quedándoos en España, podeis emprender cualquiera industria, y hacer una fortuna. Nosotros os proporcionaremos los medios de realizarla.

Juan de Rivera, que habia hecho más de las libaciones convenientes durante el festin, porque habian querido embriagarle sus comensales, olvidándose de sus deberes, halagado por la ambicion que habia despertado en él:

—¿Y qué tengo yo que hacer,—preguntó,—para alcanzar esa proteccion que se me ofrece?

—Una cosa muy sencilla.

—¿Cuál?

—Dadnos esos pliegos. En cambio recibireis el contenido de esta bolsa,—añadió el que trataba de catequizarle, volcando en la mesa una buena porcion de monedas de oro.

El soldado vaciló de nuevo.

Pero al cabo de un momento:

—Vuestros son los pliegos. Así como así, tengo una madre anciana, y no le vendrán mal algunos recursos, para poder pasar tranquilamente los dias que le quedan de vida.

Como se vé, en el fondo de aquel hombre habia buenos sentimientos, toda vez que, al hallarse due-

ño de aquel dinero, su primer pensamiento era emplearlo en ayudar á la autora de sus dias.

Rivera recogió el dinero, y terminando el festin le dijeron sus anfitriones:

—No queremos abusar de vuestra bondad. Habeis dicho que deseábais acudir al lado de vuestra madre, y no seremos nosotros los que os obliguemos á demorar el placer de estrecharla en vuestros brazos.

—Pues en ese caso, me permitireis que me despidan de vosotros.

—Aun nos hemos de ver, porque supongo que no os pondreis en camino hasta mañana. Pero retiraos de todos modos, que bien habreis necesidad de descanso.

Aquel hombre, que tan villanamente habia correspondido á la confianza que en él habia depositado el caudillo, se dirigió á su posada, deseando cuanto antes poder contar el contenido de aquella bolsa que habia recibido en pago de su traicion.